



# V La Vida, en rojo

## MARCO AURELIO CARBALLO

Raza roja\*

El tipo aquel se me acercó en el vagón del metro y preguntó si yo era chiapaneco. Bigotes y cabello negros, y traje y corbata del mismo color, presenté un alma negra. Pudo haberme reconocido porque en la revista Siempre! aparecía la foto de mi cara de fierro. Le contesté afir-

mativo. Entonces el tipo ladró que odiaba a los chiapanecos porque uno de ellos había matado a su padre. Abrí las piernas para asentar bien los pies como me enseñó el mío, mi padre, a fin de "cauntear" cualquier golpe y no caer al suelo. Le dije que él debía albergar en su interior un gran pozo de odio como para aborrecer a tres millones de chiapanecos, y me preparé a dirigirme hacia la salida. Pero yo era del Soconusco, agregué, y muchos soconusquenses enfrentaban a los chiapanecos aunque sin tanto odio. El tipo se desconcertó y aproveché para abandonar el vagón, aunque él era peso gallo y yo semicompleto.

La costa de Chiapas tiene unos 250 kilómetros de extensión, entre Oaxaca y Guatemala y entre el océano Pacífico y la sierra del Soconusco. Después de los mayas, los mames y los aztecas, un español, Miguel de Cervantes Saavedra, quiso gobernar el Soconusco. Acaso no le llegó al precio a los reyes como para recibir en alquiler semejante encomienda. Nunca se sabrá cómo hubiera escrito El Quijote en la atmósfera posmaya. Los maya dejaron varias estelas en Rosario Izapa, entre Tapachula y el río Suchiate, la línea divisoria con Guatemala. Eraclio Zepeda y Roberto López Moreno vivieron de niños en el Soconusco. Rafael Bernal, el de la novela El complot mongol escribió varios cuentos con personajes soconusquenses. Alfonso Díaz Bullard publicó el único libro de superventas de todo autor costeño anterior a él o posterior, "La Choca", de la cual se filmó una película.

Los alemanes llegaron a sembrar café cuando se libraba la segunda Guerra Mundial, muchos años después de los pioneros gringos. Los chinos arribaron siempre por mar y lo mismo los japoneses. Agricultores norteros sembraron algodón y, agotada la tierra, emigraron. Judíos y sus primos los árabes (turcos en soconusquense) montaron los primeros almacenes con las telas apropiadas al clima. Hubo plátano pero una plaga gringa arrasó los plantíos. En años recientes circuló la



noticia del deseo japonés de alquilar el Soconusco, incluido el volcán Tacaná, a cambio de millones de yenes. El pisto nos hubiera permitido vivir tumbados en la hamaca dormitando y rascándonos el ombligo.

Un azteca, fotógrafo del Siempre!, dijo que yo era un piel roja y no me molestó porque a los mayas se les ha considerado integrantes de la “raza roja”. Quisiera creer más la hipótesis de que los mayas, siendo extraterrestres, abandonaron la Tierra, a que provinieron de la Atlántida y allá regresaron... Quisiera creerme descendiente de extraterrestres porque a veces me siento marciano y no entiendo cómo mis antepasados huyeron dejándonos a merced del PRI o de gente como la del PRI, o de la gente del pan o del PRD, la misma ralea.

En el Soconusco no ha habido historiadores profesionales, si pudiera decirse de ese modo. Periodistas y poetas sí. Quien no es periodista o poeta es periodista y poeta, dicen, o hijo de periodista o de poeta.

La biblioteca estaba en el palacio municipal de Tapachula. Siempre tuve ganas de entrar pero un sol rajabanquetas lo impidió durante mis primeros veinte años. Podía quedarme dormido, supuse, por razones distintas a las razones por las cuales quedaba dormido intentando leer a los intelectuales capitalinos en el suplemento cultural de “Novedades”. Preferí leer a mis autores de cabecera tumbado en la hamaca y con una jarra de agua de limón repleta de cubos de hielo. Las librerías quebraban por falta de clientes, pero mi padre tenía una selección de grandes novelistas.

Por eso experimenté ganas de donar mis libros a la biblioteca municipal y en ese aspecto Isabel Arvide corrió con mejor suerte. Ella obsequió a Quintana Roo cuatro mil títulos y acaba de inaugurarse una sala de lectura con su nombre y los volúmenes resguardados en libreros de cedro en la biblioteca de Chetumal. Cuando supe que el alcalde priista de mi pueblo huyó, acusado de embolsarse millones, incluida la firulilla de los baños públicos, busqué dónde estaban mis libros. No hallé la

biblioteca en la confluencia de dos carreteras, poco antes de la zona militar, de la selva y de los ríos. Cansado, desistí. Un día supe que estaba infestada de cucarachas y de ratones y hasta de rotavirus, creo. Seguiré intentando que mi pueblo tenga libros y lea mucho. Quizá con esas proteínas para el espíritu y el alimento que reclama toda persona dotada de imaginación (las historias), parte esencial del talento, los soconusquenses, bravos y conflictivos, contribuyan de mejor modo al progreso del área, encausando esa bravura y equilibrando ese temperamento.

Hubiera deseado contarle al tipo aquel del metro que a su padre lo mataron los chiapanecos, sin que revelara el móvil, pero al padre de doña Eva Sámano de López Mateos lo mandaron al paredón y lo fusilaron en Tapachula, interceptado con una carga de dinero y de oro en fuga hacia Guatemala. Dinero y oro ajenos.

Dos estampas de Quintana Roo

Desde mis viajes Ciudad Universitaria (CU)-Colonia Obrera, DF, supe que la necesidad aguza el ingenio, pero quién sabe desde cuándo ignoraba que los descendientes de los mayas beben micheladas. En aquellos viajes procedente de CU, un paisano se devanaba los sesos, agotado y hambriento, para solucionar el problema de que no tenía qué cenar en su apartamento de estudiantes. Ni qué cenar ni con qué. Los quintanarroenses resolvieron el asunto de la michelada (más allá que en cualquier otra parte), reparé, cuando Ninive subió a la lancha, en el muelle de la laguna de Bacalar, con tres o cuatro pequeños paquetes. Eran cojincitos rellenos de un líquido oscuro con envolturas de plástico, semejantes a recipientes individuales de champú. “Son micheladas”, dijo Ninive, cohibida acaso porque el curioso preguntón de la tecla la había descubierto.

En cierto viaje pedí una michelada y me sirvieron lo que es chelada en el DF. No con limón y sal nada más, sino con salsas inglesa, tabasco y magui, pimienta y sal

y jugo de varios limones. Ignoro a quién podía darle la razón respecto al nombre apropiado, si tuviera rango para conferirla. Tampoco sé dónde inventaron la bebida y quién la bautizó, y si los chilangos (veinte por ciento de los habitantes del país) tienen la razón en cuanto a los nombres de esas dos bebidas ante ochenta por ciento restante de los degustadores de provincia. El secretario de educación de Quintana Roo, José Luis Pech Vargas, dijo que todo partió de la costumbre de beber cerveza de bote con limón y sal. Lo demás vino por añadidura. Eso fue en Tecate, por supuesto, dijo Octavio Chávez Gavaldón, chihuahuense y director del Instituto Quintanarroense de Cultura.

Pero los descendientes de los descubridores del número cero crearon también el chirimico, esencia de michelada hecha a base de chile habanero, salsas inglesas y magui, jugo de limón, pimienta y sal. Venden la esencia por litros o en pequeños recipientes como los comprados por Nínive. El capitán de navío nos informó, aparte de la ubicación de los cenotes y de los ahogados en los cenotes, que él llevaba un litro de chirimico en la hielera. Chirimico quiere decir achispado, ebrio. Ante mi asombro, el secretario de Educación, José Luis Pech Vargas, dijo que no obstante era insustituible pasar la mitad de un limón por el borde del vaso y, al ponerlo bocabajo, impregnarlo de sal.

Los maestros Eugenio Aguirre y Hernán Lara Zavala, así como María y Aída, sus respectivas compañeras, estaban a unos metros, sumergido medio cuerpo, perdiéndose aquella explicación pero ganando en cuanto al efecto depurador del azufre, recogido del fondo de la laguna y untado en las mejillas atezadas por el sol del Caribe. Estábamos como a un mes de que llegara el ciclón Emilia.

A lo dicho por Pech Vargas agregué que el chirimico sería perfecto si los ingredientes estuvieran en su justa dosis. Cuando me equivoqué y pedí michelada y no chelada, tuve una irritación estomacal de tal magnitud que

debí recurrir a la farmacopea tabernaria. Malo para el diagnóstico, el tabernero me recetó fernet con vodka. Como dice la frase hecha, no me curé pero olvidé el malestar. También aprendí que el ron con goma es bueno para la tos y que el coñac sube la tensión arterial y el whisky la baja. La lista de bebidas apropiadas para combatir el síndrome de secreción inapropiada de la hormona antidiurética, la vulgar cruda, es larguísima.

Dormir en el infierno

Kant necesitaba quince grados para escribir a gusto. Un Nóbel declaró que necesita dieciocho grados de temperatura y una rosa amarilla. Él es del Caribe y el de la tecla del Soconusco, a orillas del Pacífico, a ciento veintidós metros sobre el nivel del mar. Podría hacer tanto calor en el Caribe como en el Pacífico o la combustión interna del Nóbel es menos caliente que la mía, pero mi ideal para vivir son dieciséis grados, o eso he supuesto, imaginado, porque quién sabe si los dieciséis que marca el termómetro en el Hotel Efe de Tapachula sea el correcto. En el cuarto que ocupó cada mes, no marca menos de los dieciséis y si me toca el cuarto que da al estacionamiento, es decir al oriente, es decir al que le pega el sol desde las seis am, esos dieciséis grados se convierten, sospecho, en veinte, aunque descreo de que llegue a los veintisiete como sucedió hace poco.

En Quintana Roo (QR), Petunia y yo parábamos en el mejor hotel de la capital quintanarroense. El sistema de aire acondicionado era semejante al del Hotel Efe de Tapachula. Sin embargo el control en QR estaba clavado y tenía una funda. Petunia, quien odia el frío, se mete bajo una sábana, una manta de lana y la colcha gruesa, como en cualquier hotel que se precie de cuatro a cinco estrellas. Si hubiera pijamas como de uniforme de bombero, Petunia las usaría. Se trata de una lucha feroz que libramos desde hace casi cinco sexenios.

Observé que la temperatura en el cuarto podía bajarse sólo hasta los veinte grados. Ni modo. Petunia

pidió como siempre que lo apagara y como siempre me negué recordándole las tres cubiertas. Gimió algo parecido a una imprecación y se dio por vencida en apariencia. El aire dentro del cuarto estaba caliente. Era cosa de esperar a que enfriara, me dije. Cuando pude dormir, soñé que estaba, no en el infierno, en La Mesa Redonda de Tapachula empinándome un cartón de cervezas. Desperté bañado en sudor. Corrí al baño a abrir la regadera y sólo por mero morbo volví sobre mis pasos para ver de cerca el control del clima. Señalaba veintisiete grados. Petunia, ¡abrigada bajo las tres mantas!, cerró deprisa los ojos sonriendo, traviesa.

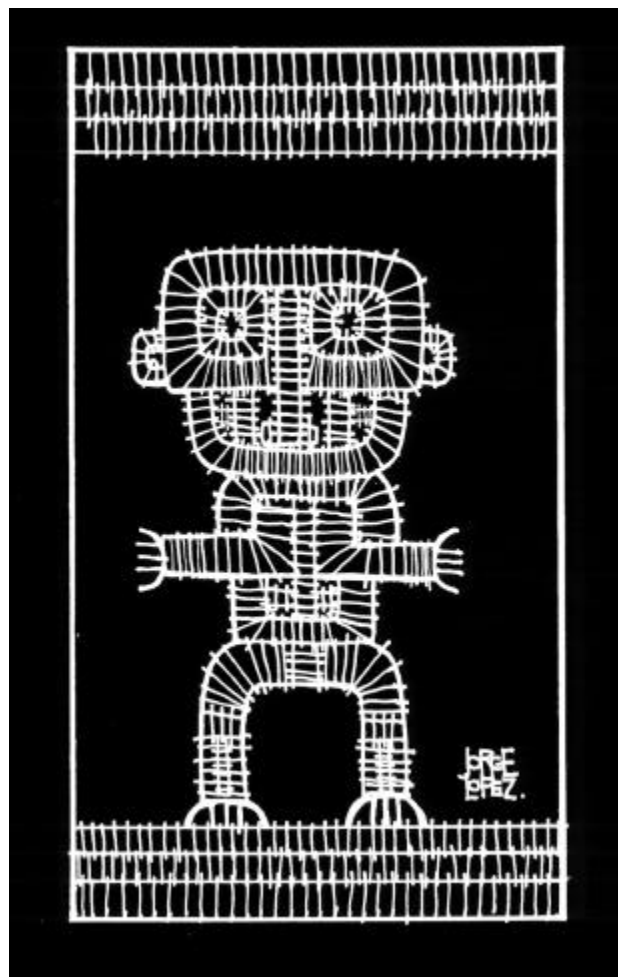
Tropa mata intelectual

Aquel restaurante, el Cenote Azul, estaba sobre el ancho talud, en varias terrazas, y terminaba en la orilla de la laguna de Bacalar. Un boquinete, oscuro, escamoso, el ojo izquierdo bien abierto y la boca entrecerrada, labios a la Angelina Jolie, era exhibido en una vitrina cual tesoro acuático milenario. Hubiera querido detenerme y observarlo con detenimiento de la cabeza a la cola, pero me dejé llevar por la fila india en descenso de mis compañeros de viaje en Quintana Roo. Ellos se habían sumergido en otras aguas de la laguna de Bacalar, llevaban dos-tres micheladas en el buche y las mejillas rechinando de limpias gracias al lodo azufroso del lecho de la laguna.

A lo largo del salón principal, rectangular y extenso como un campo de fut, cabían tres ringleras de mesas. El hombre-orquesta, los baños y una tarima ocupaban parte de la primera ringlera. La tercera, desde la cual se dominaba la laguna, era la nuestra, a una de cuyas mesas estaba Isabel Arvide, un día después de haber sido homenajeadada por el gobernador Félix González Canto y su equipo. Isabel se veía un tanto sola porque su hijo Bruno y su compañera y las sobrinas y los amigos estaban en la edad intrépida de zambullirse en las aguas dulces caribeñas. Nada les importó la atracción fatal de

los cenotes sagrados ni el encuentro súbito, cara a cara, con una pareja de manatíes, el macho en brama. Habíamos llegado casi dos horas tarde al festín de Isabel Arvide y el rector Francisco Rosado May, con deberes vespertinos ese sábado, se había retirado ya.

Ofuscado por el atraso en la ingesta (palabreja horrenda) de los vodkas, por el ataque impío de los moscos en el centro arqueológico de Oxtanká, engentado y ensordecido por el rumor de las charlas en cada una del centenar de mesas, tardé en reparar en algo peor de siniestro que las cuadrillas de moscos. A causa de mi sesera deshidratada por la temperatura y por una leve resaca atribuida a la falta del doble de hielos en los nada pálidos jaiboles de la cena, no al whisky etiqueta negra, estaba acariciando la hipótesis aventurada de que un mal transmitido por los moscos extinguió a los mayas.



Jorge López

Algo parecido le sucedió a los invasores extraterrestres en “Guerra de los mundos”, aniquilados por la comida chatarra gringa, por el sida y por el talento dianético de Tom Cruise. Los marcianos torpes le chuparon la sangre sin discriminar a la gringada y a uno que otro inmigrante paisano con el virus del paludismo latente en su flujo y reflujo sanguíneo. Ése algo peor de siniestro que los moscos era el hombre-orquesta, cuyos efectos devastadores en el sistema nervioso no requiere explicación, y un tipo, cantando rancheras en pleno caribe, micrófono inalámbrico en mano, pulmones blindados.

Vestido de oscuro de la cabeza a los pies, melena y bigotes teñidos de negro, iba y venía en paralelo a las mesas, saltando y desgañitándose, en lugar de limitarse al reducido templete. Eugenio Aguirre, quien acababa de ser visto, cigarrillo en mano, con el agua de la laguna de Bacalar a la altura de su cintura atlética, luego de recorrer el territorio de su héroe Gonzalo Guerrero, descargó los últimos vestigios de la neurosis avivada porque le asignaron una habitación de “no” fumar en el hotel. Descargó esos residuos diciéndole al mesero que le pidiera a los músicos “bajarle de gritos”. El mesero cumplió pero el hombre-orquesta puso cara de: ¿Qué? debido al fragor que emitían sus propios instrumentos, medio centenar en uno sólo, compacto, negro, retumbante. Cuando entendió, puso la misma cara de asombro que pondría enseguida el cantante. Pero ¿quiénes eran ésos que reclamaban bajarle?

La tropa ahí presente ni reparó en el reclamo, o sí pero nadie les dio la orden de nada. La segunda ringleira, la mesa de en medio, la que más aplaudía, como de un kilómetro de largo, estaba llena de Juanes y era justo el día de San Juan. Sin Adelitas terciadas a la mesa, cada uno del batallón o compañía, vestidos de civil, lucía el cráneo recién acicalado y el rostro limpio (de azufre), atentos del todo a los breves saltos crucijentes del sexagenario cantante vernáculo. Hernán

Lara Zavala encajó los berridos con la flema de su ADN y por la adquirida en las islas de los británicos Óscar Wilde y de James Joyce, pero también de Martín Amis, Julián Barnes, John Banville, Hanif Kureishi, Malcolm Lowry, Ian McEwan, V. S. Naipul, y Shakespeare. De Isabel Arvide, ni hablar, su pasión por la milicia la ha cubierto del fino impermeable de la tolerancia, para usar una figura producto sin duda del efecto abominable de los piquetes, cuchilladas a mansalva, de los moscos. “El señor de los dos mil dólares por conferencia”, el arqueólogo Carlos Villanueva, murmuró: “Tropa mata intelectual”.

Sin impermeable, flema de soconusquense (es decir, desflemado) y persuadido de que sólo quedaba esperar el desfile de succulentos platillos supuse que había que abstraerse, relamiéndose, en la espera del boquinete. A mi izquierda, Octavio Chávez Gavaldón, director del Instituto Quintanarroense de Cultura, chihuahuense, me hizo sentir con ejemplos cómo se había adaptado al rumbo siendo de Chihuahua. Quise cargararme en el pasaje aquel según el cual, viendo que todo el mundo hacía a un lado un pequeño promontorio en un plato de frijoles, él se lo zampó suponiéndolo trozo de queso. Era un chile habanero que tuvo que triturar con su impecable dentadura y digerirlo envuelto en llamas con su estómago indemne hasta entonces. Sin gestos, “inches” vatos, porque todos los presentes, expertos en chile habanero, estaban atentos en espera del aullido y de la fuga al baño.

El desfile fue succulento pero ocurrieron dos cosas. Primero varios platillos se enfriaron y segundo no llegó el boquinete, exquisito como una mojarra pero tamaño bestia. Para la próxima. Un día que no sea el día de San Juan y la tarima haya sido enrejada. ■

\*El primer apartado se redactó a partir del guión de una charla de MAC en la Universidad de Quintana Roo, en la mesa redonda “Influencia de los mayas en la cultura”, junto con Eugenio Aguirre, Hernán Lara Zavala, Carlos Villanueva y Javier A. Gómez Navarrete, en el marco de un homenaje a Isabel Arvide.